

La página más difícil de repasar

Las «prisas» de la sociedad por dejar atrás el terrorismo pueden ser juzgadas como «inmorales» por sus víctimas



BILBAO. Es una película, pero no deja de tener su reflejo en la calle. En 'Todos estamos invitados', dirigida por Manuel Gutiérrez Aragón, una de las escenas clave se desarrolla en una sociedad gastronómica. Xabier, un profesor amenazado por ETA, felicita a Iribar por las kokotxas que ha preparado. «Me alegro, porque son las últimas que vas a comer en tu vida», le avisa el cocinero ante el silencio del resto de comensales. «¿Le habéis oído?», pregunta Xabier con un gesto de rabia contenida, sin encontrar respuesta.

Más tarde, el veterano de la cuadrilla le confiesa entre susurros: «Yo sí le oí, Xabier. Oí a Iribar. Mira, estos son mis nietos (le enseña una foto). Si no fuera por ellos, yo sí habría oído a Iribar». Hay más películas sobre el desgarramiento de la violencia – las últimas son 'Lasa y Zabala', 'Negociador' y 'Fuego' –, pero esa secuencia en el txoko ilustra una forma de convivir con el miedo. Un recuerdo doloroso ahora que se cumplen tres años del fin del terrorismo.

ETA ha dejado de ocupar los primeros puestos en la lista de preocupaciones de los vascos. Aún no se ha desarmado ni disuelto, pero en la memoria colectiva está más que amortizada desde que tres encapuchados escenificaron el «cese definitivo de las acciones armadas». Esa histórica declaración en la BBC se produjo hace ya tres años, aunque Euskadi llevaba tiempo preparándose en silencio para empezar a dejar atrás cuatro décadas de terrorismo. Cuarenta años de violencia en sus expresiones más letales.

Casi por puro instinto de supervivencia, la sociedad civil aprovechó el comunicado para lanzarse «a la carrera» a pasar la página del horror, después de haber convivido con él entre fuertes tensiones. No llegaron a romper nunca la convivencia, pero posiblemente provocaron muchos tormentos individuales que afloran ahora al hacer examen de conciencia sobre el compromiso adoptado en mitad del drama. Mirarse al espejo obliga a realizar un ejercicio de autocrítica del que uno «no sale indemne». Esa es precisamente la página más difícil de repasar tres años después.

Con esta tesis, el profesor de Ciencia Política en la UPV Alfredo Retortillo considera que dejar atrás a ETA «está siendo mucho más que una actitud vital» en Euskadi. «Efectivamente, la sociedad vasca ha pasado página, ha echado a correr casi. Y eso en ocasiones se ha vivido como una injusticia, casi como una inmoralidad, por parte de algunas víctimas y de quienes más sufrieron el acoso de ETA. Y en gran parte con razón», explica el politólogo.

Retortillo, licenciado en sociología, señala que esa actitud constituye el mal menor. «Probablemente no podía ser de otra manera porque el

desgarro es mucho más grande de lo que quieren creer quienes se pretendían a salvo de la amenaza directa. Mirar a otro lado, no decir lo que se piensa, evitar ciertos temas... no son prácticas que repetidas durante tanto tiempo dejen indemne a una sociedad», advierte. Por ello, el reto de enfrentarse al pasado «es doloroso». «Practicamos durante demasiado tiempo estrategias más o menos pragmáticas, más o menos inmorales, para no rompernos socialmente. Y lo lógico era echar a correr en cuanto la losa de la violencia se nos quitó de encima», indica.

Un relato con memoria

Una losa que ha soportado toda una generación de vascos que se ha visto convulsionada además por la 'guerra sucia' perpetrada desde las cloacas del terror por los GAL durante los ochenta, en plenos 'años de plomo' por la avalancha de asesinatos cometidos por ETA; la confirmación de abusos policiales en la lucha contra el terrorismo; y las denuncias de malos tratos juzgadas como «creíbles» en los últimos informes del Comité para la Prevención de la Tortura del Consejo de Europa. Una historia de violencia que deja una factura social pendiente aún de evaluar, pero que convendría ordenar, según Retortillo.

«Sigue siendo una tarea pendiente de la política construir un relato con memoria del pasado, que reivindique a las víctimas y que no deje ninguna puerta abierta a la justificación de la violencia vivida durante tanto tiempo. Es una tarea necesaria para tener mejores opciones de convivencia y bases para el acuerdo. Pero esa tarea no se suple enredando con otros temas del llamado 'proceso', sino que en todo caso se retrasa», explica. Es lo que otros analistas como el exrector Pello Salaburu han definido como la «socialización del olvido», tras la cruel socialización del sufrimiento.

Jesús Casquete, profesor de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos en la UPV, también diferencia entre el papel de los partidos y la actitud de los ciudadanos. En su opinión, los primeros «deben ser agentes directores que guíen a sus electores y a la ciudadanía



Una pintada a favor de ETA, en una imagen pasada. :: REUTERS

LOS EXPERTOS

Alfredo Retortillo
Politólogo

«Practicamos el pragmatismo para no rompernos socialmente»



Jesús Casquete
Historiador

«Una parte sustancial de la sociedad logró domesticar el miedo»



en general». «Y en su proyecto de sociedad entra aquello que debe ser recordado y aquello que merece ser arrojado al cesto del olvido. Qué recordar, cómo y por qué (o qué olvidar) forma parte de sus políticas de la memoria respectivas. De alguna manera significativa, como individuos y como sociedad somos lo que recordamos (y lo que olvidamos)», sostiene.

«Mientras se ejerció el terrorismo, una inmensa mayoría de la sociedad no contempló la práctica de la violencia con coartada política como su problema; era un problema del entorno, del país en el que, por comodidad o indulgencia, lo más sencillo era la abstención cívica, la renuncia a mostrar coraje cívico frente al asesinato y la violencia. Todo para 'no meterse en líos'. Una porción sustancial de la ciudadanía consiguió domesticar el miedo, cohabitar con él, pasar desapercibido en el territorio de la (no) significación. Vienen a ser los mismos que ahora, una vez pasada la página de ETA, prefieren no revolver el pasado en aras de la convivencia», explica.

Paz como ausencia de violencia. Nada más y nada menos. Con sus imperfecciones y retos éticos pendientes, Euskadi ha entrado en un nuevo tiempo. Sin terror, sin exclusiones y sin tanta agitación –sólo en 2001 se celebraron en Bilbao 1.759 manifestaciones, de las que alrededor de la mitad fueron convocadas a favor de los presos de ETA o del llamado MLNV–. Una página nueva en la que, en su capítulo más importante, Xabier estaría hoy vivo, posiblemente compartiendo kokotxas con Iribar en el txoko.

En contra de lo que a menudo se ha afirmado, ETA ha sido un tema frecuentemente tratado tanto en el cine vasco como en el cine español y, sin duda, el foco que más argumentos ha generado a la hora de reflejar la historia contemporánea vasca. Desde 1978 hasta nuestros días, podríamos hablar de la existencia de más de sesenta largometrajes, si incluimos algunos documentales no estrenados comercialmente en salas cinematográficas. El primer largometraje sobre el tema llegó casi veinte años después del nacimiento de ETA y llevó a las pantallas un punto de vista franquista: 'Comando Txikia' (1978), de José Luis Madrid, es por

JOXEAN FERNÁNDEZ
DIRECTOR DE LA FILMOTECA VASCA

CINE SOBRE ETA



tanto la primera y última visión netamente franquista de ETA. Luego llegarían otras muchas de corte muy distinto: sobre este mismo episodio, destaca 'Operación Ogro' (1980), de Gillo Pontecorvo. La trilogía de Imanol Uribe marcó un antes y un después para el cine vasco en general: 'El proceso de Burgos' (1979), 'La fuga de Segovia' (1981) y 'La muerte de Mikel' (1984). También se acercaron al

tema cineastas vascos como Ana Díez, Ernesto del Río, Antxon Ezeiza, Koldo Izagirre, etc.

En la segunda mitad de los noventa, cuando el hartazgo frente a la violencia era general en la sociedad, el cine sobre ETA también experimentó un punto de inflexión. El protagonismo dado a las víctimas, antes casi ausentes, determinó un cambio cualitativo. La extraordinaria y desmesurada polé-

mica generada por el estreno en 2003 de 'La pelota vasca. La piel contra la piedra' (Julio Medem) estuvo íntimamente ligada al ambiente de crispación política de la segunda legislatura del Gobierno de José María Aznar (PP).

Dice el historiador Santiago de Pablo que «a lo largo de este tiempo, el cine sobre ETA ha ido evolucionando, al ritmo que lo hacía la propia sociedad, desde una cierta benevolencia o comprensión con el terrorismo, visto como una herencia del franquismo, hasta posturas variadas y éticamente más comprometidas». Cuantitativamente, el tema ha interesado menos al cine español que a los cineastas vascos.

Las pantallas han reflejado pues la pluralidad política existente en el País Vasco. Eso es lo que explica que existan producciones como las de Iñaki Arteta o Eterio Ortega junto a otras de Josu Martínez o Aitor Merino, pasando por las últimas de Pablo Malo ('Lasa eta Zabala', 2014) o Borja Cobeaga ('Negociador', 2014). A este último, por cierto, cabe atribuir la introducción del humor en el tratamiento cinematográfico de ETA, cosa que si había sucedido antes para la televisión que, obviamente, ha gestionado plazos más cortos y cómodos para ello. El cine nos da información tanto del momento en que ha sido producido como del que intenta representar. El caso vasco no es una excepción.